

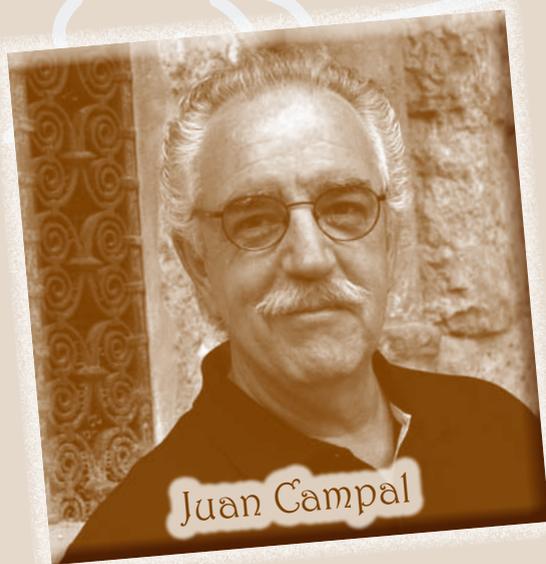
Febrero 2014

La Curruja

Revista Cultural Independiente - Nº 10 - Segunda época



A nadie debería faltarle jamás el pan en casa



**A nadie debería faltarle
ijamás!:**
pan en la casa.

**Y debería éste siempre ser servido
primero y solo en cada comida,
fuese esta en soledad o compañía.**

**Y debería cada cual coger un trozo
entre sus manos y sentir su tacto
y su caricia y profundamente olerlo
y aspirar de él a ojos cerrados,
solo uno con el pan y con la vida,
el esfuerzo de tanta humanidad
desde el primer pan del mundo
hasta tenerlo hoy, aquí, entre las manos.
Y alcanzar en él el olor del sol y el viento
del agua y la tierra fértil
y oír su desgarrar y el crecer de los tallos,
espigas y granos y las viejas canciones
de campo y de molino, de trabajo.**

**Así debería hacerse hasta sentir
nuestras manos las que lo amasaron por siglos
hasta tenerle nostalgia y hasta sentirlo amigo.**

**Y entonces, abrir los ojos
y mirar su textura,
y admirar su milagro,
y llevarlo a la boca,
y besarlo,
y sentirlo en la lengua,
y con ella apretarlo,
y dejarse invadir
de su sabor antiguo y sabio,
y entonces quizás...**

No sé, de ahí el quizás.

**Tal vez nos hiciéramos
por fin más humanos seres
y con ello acaso amasásemos
un más justo mundo y unos mejores días
que huelan a pan y que a pan sepan,
que hagan casa y mujer y hombre y mundo y vida.**

**A nadie debería faltarle,
ijamás!,
pan en la casa.**

Índice

Juan Campal	
A nadie debería faltarle jamás el pan en casa	2
José Antonio Balboa de Paz	
Memoria minera	4
Blanca Porro Ferro	
Historias de una bolsa	6
Ángel de Paz Fernández	
Sergio, el carpintero de Noceda del Bierzo	11
Daniel Guerra	
En Colinas del Campo	14
Manuel Cuenya	
IV Encuentro Literario en Noceda	18
Toño Morala	
Homenaje a la cocina de carbón	20
Laura Rodríguez García	
Retorno al encanto	21
Manuel Cuenya	
Entrevista a Asunción Arias	23
Nicanor García Ordiz	
Ángel Alonso: el rostro de la sabiduría	26
Javier Arias Nogaledo	
Las fuentes de Noceda del Bierzo II	28
Xuasús González	
Tu silencio	35

Memoria minera

José A. Balboa de Paz

Historiador

Mi relación con los hermanos Esteban y Eugenio de Paz se remonta a bastantes años atrás. Pese al apellido común, no hay entre nosotros parentesco alguno. Mi apellido proviene, hasta donde soy capaz de remontarlo, de Murias de Rechivaldo, al lado de Astorga, donde nació mi abuelo Félix y desde el que vino en 1912 como médico a Cacabelos. El suyo del Páramo, desde donde sus antepasados vinieron al Bierzo y, tras algunas vicisitudes y andanzas como comerciantes por Matarrosa, se esta-

blecieron en Noceda donde crecieron y se multiplicaron. La familia de Paz de Noceda goza de enorme consideración en la zona y sus vástagos se extienden hoy por España y Argentina.

Mi relación con estos de Paz, especialmente con Esteban, tiene que ver con la minería. Son las dos personas que mejor conservan la memoria de



la historia minera del Bierzo del pasado siglo. Esteban, casado en Ponferrada con una Casero, suministró durante muchos años todo el material eléctrico de las minas, lo que le permitió conocerlas de primera mano, sus dueños y trabajado-



Esteban y Eugenio de Paz en su 92 cumpleaños

res, empaparse de esa cultura y entrar en el negocio de la minería del carbón. Eugenio fue en los años cincuenta, cuando el Wólfram volvió a interesar a los americanos embarcados en la guerra de Corea, el administrador de las minas de la Peña del Seo, que el médico y empresario Francisco González explotó de forma moderna y racional. Cuando escribí el libro sobre El Patrimonio Industrial de León fueron una fuente muy rica en información.

El pasado 7 de julio me invitaron a la comida que, con motivo de sus 92 cumpleaños, celebraron ambos gemelos en Noceda del Bierzo, rodeados de más de setenta familiares, entre hijos, nietos, hermanos (aún viven varios de los 14 que fueron) y sobrinos. Entre las palabras de los asistentes, fueron muy emotivas las de José Álvarez de Paz, que durante años fue diputado socialista

por León, recordando a sus abuelos, la vieja casa familiar, donde todos, vecinos y forasteros, eran acogidos y atendidos solícitamente, y a sus numerosos tíos, con palabras de cariño hacia ambos hermanos; también las de su prima Victoria, que evocó el sentimiento cristiano que animaba a aquella familia.

La historia oral, que tanta tradición tiene por ejemplo en Inglaterra, ha sido poco cultivada por nosotros, apegados a las fuentes escritas que gozan de más prestigio académico. Sin embargo, ante personas como Esteban y Eugenio que, pese a la edad, conservan una memoria tan prodigiosa, uno deplora el poco uso que se hace de esta fuente, y se rebela que ninguna institución grabe sus recuerdos (ellos sí tienen memoria personal de aquella historia). Es esta una memoria viva, no la de las estructuras históricas, a veces tan frías, sino la de

las personas que las sufrieron o las disfrutaron. Esta memoria permite entender aspectos que, de otro modo, se hacen ininteligibles y a la que anima el calor de sus protagonistas. Todavía estamos a tiempo de recuperar esa memoria y convertirla en parte de nuestra historia. ◆



Vista de la Peña del Seo

Historias en una bolsa

Blanca Porro Ferro

Fotógrafa

Faltan dos minutos para las ocho de la mañana y, cuando llegamos, ya nos están gritando que lo hacemos tarde.

—Sentaros, comer algo, hay bacalao en esa olla y tenéis empanada encima de la mesa.

¡Uf! Buen desayuno, pienso, me siento con ellos, todos hombres, ríen, chillan, cantan, están inquietos. Miro por la ventana, nieva, el caer de los copos me hipnotiza, una voz me devuelve a la bodega, miro el reloj de la pared, es un trozo de carbón con los números y las agujas doradas movidas por un pequeño motor colocado en la parte de atrás, curioso que esté en el lugar donde el tiempo se detiene, donde la vida y la muerte van de la mano, donde la tierra te acoge con sus lamentos y su aliento, que de ese lugar húmedo, oscuro y adictivo pueda salir parte de un reloj. Al estar barnizado no mancha la pared y recuerdo a Manuel, veo sus brazos llenos de marcas negras de la rutina y el día a día. Hay poros



en su piel que han dejado de respirar para llenarse de polvo negro, de polvo de muerte. Se me ha empañado la cámara y no puedo grabar. Nos sentamos a esperar. Me intimidan los rugidos de la galería.

—No te asustes, te acostumbras.

Lo miro y sus ojos me tranquilizan. Es una mirada que conozco, es una mirada perfilada en negro, es una vida escrita con carbón, es un orgullo extremo, es un amor incondicional a tu posible verdugo. La cámara se desem-

pañá, enciendo el foco y creo intuir el fin del mundo.

—¿Ves ese hueco de ahí? Es la veta donde estamos picando ahora.

Y no soy capaz de imaginarme en ella ni cinco minutos, me duele la espalda solo de pensarlo, en cambio, a Manuel le duele el alma si no puede entrar.

—Esto se acaba, no sé cuánto le quedará, no sé que voy a hacer, yo sólo sé ser minero.

Su última palabra suena con más fuerza, más poderosa, vuelve a salir esa casta, y aunque pudiera, creo que Manuel no querría ser otra cosa.

—Venga vamos, que ya está todo preparado.

Los gritos me traen de vuelta, me pongo el abrigo y vamos a la cuadra a por los *gochos*, está oscuro, sólo la luz de una pequeña ventana es capaz de iluminar la hoja del cuchillo. Miro al cerdo, sus ojos brillan, creo que sabe que ha llegado su momento y lo espera nervioso, sigue nevando, en unos segundos siento un escalofrío, oigo chillar y

la nieve se tiñe de rojo y el calor de la sangre produce un vaho molesto, apago la cámara, espero afuera, hay cosas que decido que la gente no vea, entonces me encuentro con ella. Las arrugas de su cara me enternecen, me mira, me sonrío... y yo le devuelvo el gesto, viene a poner orden desde el silencio, desde el respeto que le dan los años; le hacen pasillo, recoge la sangre en un caldero, echa un vistazo alrededor y se va, me mira y sonrío de nuevo.

—Ahora hay que llevarlo a pelar.



Monumento al minero en Tremor de Arriba

Y la veo hacerse más pequeña a medida que avanza en el camino.

Así vi alejarse una vez a Emilio, mientras lo grababa, se dio la vuelta y se fue porque sus ojos ya no podían acoger más lágrimas sin desbordarse, hacia dos minutos estaba señalando una casa.

—Ahí nació yo, mira mi DNI.

Me lo muestra con orgullo, “nacido en Santibáñez de Montes”. Y prosigue:

—Ahora el pueblo ya no existe, he nacido en un lugar que ha dejado de existir.

Muevo la cámara para no verlo llover y me encuentro lo que queda del pueblo, un pueblo devorado por la vegetación y que sólo el cauce del río se atreve a descubrir. Sus calles vacías extrañan los gritos de los niños. El silencio de sus casas añora las comidas y encuentros familiares. La espadaña caída no encuentra sus campanas y ya no quedan balcones desde donde ver atardecer.

Tengo la certeza de entender a Emilio, que se aleja mientras deja atrás, enterrados, todos los recuerdos de su infancia, en un lugar que ahora ha dejado de existir.

—¡Cuidado!

Y otra vez una voz me devuelve al

presente, me aparto lo justo para dejar pasar a la cuadrilla que carga al cerdo, los sigo. Llegamos donde ella tiene todo preparado, donde está el fuego, donde el agua hierve, donde las maseras aguardan, donde los hombres arrastran al animal para completar el ritual, le quitan los pelos, lo rajan de abajo a arriba, lo vacían. Ella me vuelve a mirar.

—Ahora nos toca a nosotras.

Y retrocedo en el tiempo y la veo preparando el desayuno, y la veo eligiendo los cuchillos, y la veo acercándose al cerdo para mirar si está bien, y la veo eligiendo el momento adecuado y la veo entregando el arma al matarife y la veo recogiendo la sangre con su caldero y la veo preparando el fuego, llenando las cazuelas de agua, preparando las maseras y sus palabras vuelven a sonar en mi cabeza “ahora nos toca a nosotras”.

—Vete con ellas —me dice Julián—. Así te contarán para qué sirve cada tripa, que eso “son cosas de mujeres”.

Caminamos en silencio, me detengo y dejo que se alejen un poco para grabarlas mientras caminan. María lleva un cesto apoyado en la cadera, está hecho de mimbre, no puedo evitar acordarme de Luis, al que veo al lado del río enseñándome la planta.

—Mira es esa, hay que cortarla en

el menguante de diciembre, enero y febrero. Me observa y descubre en mi cara que no entiendo lo que me dice, entonces sonrío:

—En el menguante porque si no se apolillan.

Ahora sonrío yo, intuyo que es en cuarto menguante pero me quedo con la duda.

—Luego hay que dejarla secar porque recién cortada está verde y al secar merma —continúa.

Mi curiosidad y desconocimiento del tema hace que se sienta bien, útil, orgulloso.

—Se corta, se mete en agua 15 ó 20 días, se saca y ya se domina —dice.

Me mira, sus ojos brillan, acerco mi cámara a sus manos, sus arrugas se acentúan más, pienso que el mimbre las ha ido curtiendo poco a poco y ha dejado en ellas las marcas de la experiencia.

—Ahora ya no es igual —se pone serio—. Ahora ya se compra hecho.

Su cara expresa nostalgia, empieza a recordar todas las horas que pasaba de niño en el desván de su casa tejiendo el mimbre, mientras el sol entraba por la ventana.

Una piedra me hace tropezar y me devuelve al río. Hace rato que trabajan.

Meten sus manos curtidas por la labor silenciada en las gélidas aguas del



Ritual de la matanza. Abriendo el cerdo

río, la sangre y la suciedad se mezclan con el agua, mientras empiezan a contarme historias. Amelia, que lleva toda la mañana trabajando y es la mayor de todas, empieza a reír a la vez que recuerda cuando todos se sentaban a la mesa el día de Año Nuevo. Y soy capaz de oler la alegría y escuchar la olla al fuego mientras ponían la mesa para dar buena cuenta del botillo hecho con la vejiga del cerdo y guardado especialmente para ese día.



Tulum (El Caribe)

—Parecía tener un sabor diferente —me decía Amelia—. Yo en casa aun lo hago, preparamos todos normales pero hacemos uno más grande con la vejiga y lo comemos el día de Año Nuevo, son todos iguales —dice— pero a mí ese me sabe mejor. ¿Por qué será?

“Porque guarda el sabor de los recuerdos, el sabor de los años”. Dejo de grabar. Es casi mediodía y creo tener todas las imágenes que necesito, me despido del grupo y miro a Amelia, una sonrisa nos hace cómplices. Sabe que me llevo su historia, me agacho a guardar la cámara en la bolsa y al cerrarla pienso que no hace falta ir muy lejos para buscar experiencias. No hace falta ir a Holanda para aprender a ha-

cer queso ni tampoco a un país islámico para ver cómo las mujeres viven en la sombra. No hay que ir al Caribe para encontrar un paraíso. No hace falta leer fantasía para encontrar personajes peculiares sacados de un cuento.

Cerca, todo es igual, parece un bucle que gira y se mete dentro de otro. Historias que se repiten con diferentes escenarios; sólo hay que saber observar y escuchar. Aquí está mi mundo, mi Bierzo. Tengo la sensación de que cada vez que se cierra la mochila de mi cámara, se guarda en ella una historia más.

Con el paso del tiempo, mi bolsa se llena de vidas, de historias, de silencios y de voces. En definitiva, de recuerdos y lecciones. ◆

Sergio, el carpintero de Noceda del Bierzo

Ángel de Paz Fernández



“Sergio era carpintero y ebanista, pero también sabía hacer carros y arreglar cualquier arma”.

Hay personas de nuestra infancia y primera juventud por las que guardas un cariño especial, aunque se pasen años y años sin verlas. Cuando te comunican su muerte, sientes que algo tuyo se te va y te gustaría compartir ese pesar con su familia. Dora, su mujer, falleció hace años, mucho más joven que él. A sus hijos y nietos no los conozco; así que, en su memoria, escribo este artículo.

Sergio era una persona imprescindible en la Noceda de mi infancia. Cuando mi tío Antonio, párroco a la sazón del pueblo, tenía algún problema en casa o en la iglesia, casi siempre terminaba diciéndome: Vete a ver si está Sergio y que venga. Y, efectivamente, Sergio venía y se atrevía con la luz eléctrica, los cables y lo que fuera necesario de su profesión de carpintero y artesano polifacético.

Yo lo admiraba, además, por su afición a la caza y su habilidad para reparar las armas como lo haría el mejor

maestro armero. De sus lances de caza, recuerdo con especial emoción uno que tuvo lugar en octubre de 1955. Por primera vez vi un corzo vivo. Un domingo, al salir del Rosario, acudimos todos a casa de Tomás Gómez a contemplarlo. Estaba vivo y aparentemente intacto. Habían ido de cacería y, en la primera batida, temprano, Sergio le disparó. Le rompió una pata y el animal huyó monte abajo, pero uno de los perros, el *Sol*, salió tras él. Cuando, después de comer la merienda, vieron que el perro no aparecía, siguieron la trayectoria que había tomado el corzo.

Cerca del pueblo, junto al prado de la Costroya, oyeron los aullidos del perro y, al acercarse, vieron una estampa que, a los que estaban en aquella cacería, no se les olvidó jamás: El corzo vivo, tumbado, y el perro recostado a su lado. Cuando cogieron el corzo, vieron que, además de la pata rota, el perro le había dado un buen mordisco en una pata trasera. El *Sol* mató el hambre, pero no dejó moverse a la pieza.

Como empecé a ir de caza muy pronto, aún lo acompañé unas cuantas veces y admiré su extraordinaria puntería, pese a que sus manos le temblaban más de lo normal, anunciando quizás la dolencia que le afectó los últimos años de su vida. Como cazador, era

incansable. En su canana vi colgadas, en el 1966, las últimas pardillas que he visto en la Sierra de Noceda, encima de las peñas de la Silva.

Podría estar horas explicando aventuras de caza, pero lo que queda en lo más hondo de mi memoria son las vivencias en su taller de *Encima la Villa*. Allí pasé muchos y amenos ratos en mi infancia. Sergio era carpintero y ebanista, pero también sabía hacer carros y arreglar cualquier arma o utensilio que le llevaran. Yo caía silenciosamente por allí y, además de admirar cómo iba dando forma a la madera, esperaba que explicase alguna cosa de caza. Si además venía alguien con alguna escopeta vieja para que le arreglara un perriño o le pusiera una culata, mi alegría era completa. Tenía entonces el taller en un *casupín*, propiedad de don Laureano Ramos, en el solar donde actualmente está el Ayuntamiento. Siempre aparecía alguien por allí. La humildad del edificio quedaba compensada por su buena situación.

En una especie de desván altillo, que ocupaba la mitad derecha del taller, había maderas de árboles diversos, listones de todo tipo y, además, viejos artefactos de hierro y de madera. Yo miraba con especial interés una arcaica escopeta de aquellas que se cargaban

por la boca del cañón, de La Fouché, decía él. Un día tuvo la paciencia de descargarla, haciendo servir un extremo de la baqueta hábilmente preparado. Así, pudimos comprobar que, por munición, tenía trocitos de hierro de algún pote viejo deshecho.

De las cosas que le vi hacer allí, guardo especial recuerdo de una culata de nogal que hizo para la escopeta de uno de mis tíos. Alguien, al verla, comentó: «Vale más la culata que la escopeta». Ahora bien, el trabajo que me impresionó más fue la construcción de un carro. De unos maderos de negrillo y fresno fue sacando formas y, tras la pértiga y el armazón, vinieron las ruedas. Aún ahora oigo el crepitar del agua en la que, con la ayuda de su hermano Pepe y de su sobrino Paco, las sumergía con los aros de hierro incandescentes.

En la Noceda de los cincuenta, podíamos ver estas obras de artesanía realizadas por personas hábiles y expertas como Sergio, verdaderos maestros artesanos. De sus manos salían los carros preparados para aguantar las cargas y traqueteos por aquellos caminos pedregosos, polvorientos en verano, y llenos de fango en invierno.

Con el tiempo su trabajo fue, cada vez más, de ebanista. Se casó, cambió de emplazamiento, yo me marché de Noceda y pocas veces volvimos a vernos. No sé si mis visitas y conversaciones infantiles le interrumpían en su trabajo; pero él parecía disfrutar con las explicaciones. Yo quiero agradecerle los buenos ratos que allí pasé y desearle un eterno y pacífico descanso.



En Colinas del Campo

Daniel Guerra

En mayo del año pasado vino de visita una buena amiga interesada por conocer los pueblos y paisajes del Valle del Boeza, hacer senderismo y conocer un poco la zona. Se quedó algunos días en los que fuimos a visitar “Mataveneiru” y Poibueno subiendo desde San Andrés de las Puentes, hicimos la ruta de las fuentes de Noceda, y anduvimos paseando por varios pueblos viendo la arquitectura tradicional por pueblos como San Pedro Castañero y Congosto con su espectacular mirador de La Peña.

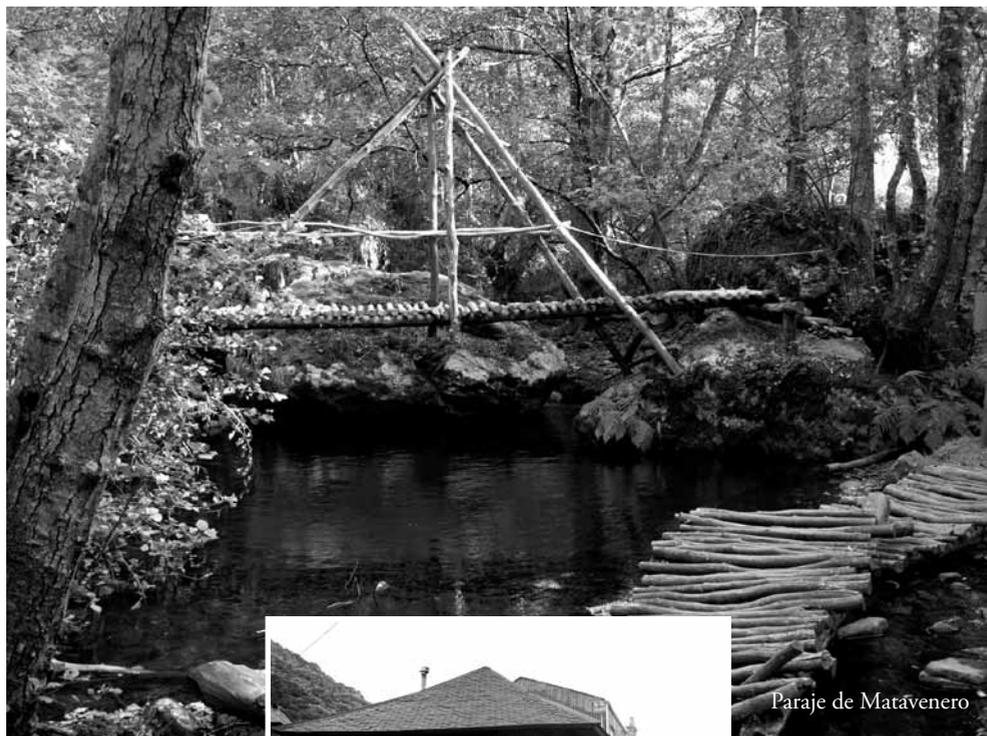
El mismo día que hicimos la ruta de las fuentes de la salud de Noceda (en sentido contrario a como se suele hacer,



subiendo por el Mirador de La Gualta y bajando tranquilamente por las fuentes, parando en cada una de ellas y haciendo fotos). Ya, por la tarde, estuvimos en el precioso pueblo de Colinas del Campo, donde tuvimos la oportuni-

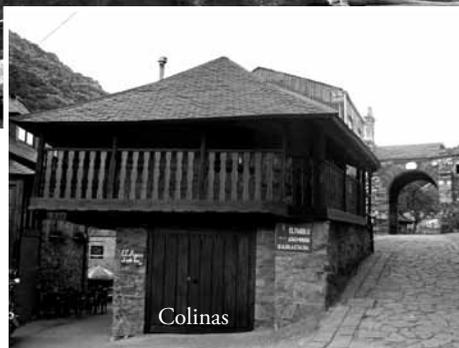


Vista panorámica de Congosto desde La Peña



dad de hablar con un matrimonio de allí, ambos dos ya mayorines. Eran las únicas personas que nos cruzamos en la vuelta que dimos por el pueblo y estaban sentados a la puerta de su casa, en una de las calles paralelas al río.

Después de preguntarnos qué nos traía por allí, y de comentar que hacía meses que no pasaba gente joven, forasteros, por el pueblo sacaron el tema del oso; que andaba cerca del pueblo que lo viera un “sobrín” de ellos que andaba con vacas “pol monte”... Fue entonces cuando aproveché para preguntarles



por el lobu y dizíen que por allí no “se vía ninguno” desde hace años y seguramente porque casi no hay “ganau” y

si los hay no se “ariman” a los pueblos. El peisano nos cuntó que antiguamente sí que los había, y muchos; que uno del pueblo mató 21 en dos inviernos y que por ello le quedara el remote de “el Llobeiru”.

La mujer nos dixo que antes también había muchos osos, y que cuando eran “guajes” que se contaban cuentos del oso... (y nosotros anhelando que nos contase alguno).

Entretanto llegó el sobrino, un hombre joven de no más de 50 años, y empezaron a hablar con él y apenas nos dijeron nada más, nos despedimos y aprovechamos para ver las casinas y disfrutar callejeando de las vistas de arquitectura popular...

El pueblín es más bien pequeño y pronto tuvimos que dar la vuelta, y como quedamos con la cosa de que la mujer nos contara uno de esos cuentines del oso... volvimos donde ellos.

Después de un rato hablando mi amiga les preguntó que si allí se hablaba “leonés”, y como parecía que no sabían a qué se refería les pregunté sobre cómo hablaban antes; que si decían “llobu” y “ouveya” dijeron que sí, que antes decían esas palabras. La mujer era más desconfiada decía que eso lo decían más en Urdiales que era onde hablaban mal, que decían “ende” en vez de “ahí”... pero el paisano que nos vió interesados decía que ellos también hablaban así que decían “abaxo”, “muyer” y “chave”.

Comentándoles que no era hablar mal que eso era el leonés, que se habló de esa manera por buena parte de León; y el hombre respondió: “Pos será” y comentó que la gente suele decir que se hablaba “chapurriau” porque algunas cosas eran “como en portugués”.

Después nos hablaron de la Guerra Civil, que todas las que hicieron por allí, del cuartel que montaron los falangistas en “Bueza” por debajo de Igüeña; que

si anduvieron “los moros” por las calles (buscando a “los escapaos”), que les tenían tanto miedo que nadie se atrevía salir y que hablaban como “cuando ladrarán los perros” según decía la paisana, que no se les entendía nada). En esto, el hombre nos soltó una emotiva frase prácticamente en la fala tradicional:

“Dicen también que en Nucedá agarraron a un miliciano que chamaban Pardín, que lu atorun pulas manos y lu abrierun en canal” –y que riéndose los nacionales decían: – “Mira qué unto tienes Pardín, Mira qué unto tienes!” –que eso lo sintiera él contar así de toda la vida...

La “conversa” cambió otra vez cuando salió el sobrino de la casa de enfrente y nos preguntó que si nos gustaba el pueblo, y que si nos prestaba salir por el monte y tal...

No recuerdo quién sacó el tema, quizá los “vieyos” (al comentar que estábamos sin trabajo), de los tiempos de antes que si había trabajo para todo el mundo, que en los pueblos siempre había cosas que hazer, y el sobrino contaba que a él de guaje lo mandaban por leña, y a “segá'l pan” (segar centeno) y que “estos rapazes d'ahora yá no sabríamos hazelo” y mi compañera dándole la razón comentaba que la gente joven en los pueblos ya no sabría hacer nada; que si tuviéramos que volver pa lo de antes, que como se está perdiendo todo ese saber, las técnicas y formas de hacer las cosas que hoy nadie sabría ni picar la guadaña...



Cascada del Azufre (Noceda del Bierzo)

Estuvimos un rato hablando del tema, y de que la vida pintaba mal y que no se sabe si no nos tocará volver a hacer aquellas cousas (pensando por ejemplo si escasea el combustible habrá que dejar el tractor y volver al arao y los “bueis”... mi amiga comentó, que toda esa cultura no se podía perder, y les puso el ejemplo de Eva González que dejó recogidas muchas tradiciones también sobre las labores que se hacían de aquella; y que además lo hizo empleando la fala tradicional, que en el Alto Sil llaman “Patsuezu”.

La paisana preguntó qué era eso del “Pachuezu” y para explicárselo le comenté, que decían “tsobu” y “tseite” y nos retrucó: “¡Á cumu estos daquí de Salentinos que queda aquí pur tras del Catoute que dizen el cheite!”

Y el marido dijo: “Aquí dizimos el lleiche”.

Y la mujer que no, y él !que sí!

Y ella: ¡Q’ aquí nun se di “cheite”!

Y él volvió a decir: ¡Cheite no, lleiche!

Entonces la mujer asintió: “yia verdá”, y quedaron en paz.

Poco más hablamos con “eillos”, les preguntamos dónde estaba el bar, y nos acompañó el sobrino; estuvimos echando una cerveza y tomamos el pincho....

Eso sí cuando nos despedimos de “los vieyos” nos agradecieron que parásemos a hablar con ellos que en el pueblo eran pocos en invierno y no tenían con quién hablar; que los meses de atrás que tanto llovía y nevaba allí arriba no iba nadie por el pueblo... y que aunque fueran, los turistas que diban a hacer las rutas no se paraban a hablar. El hombre nos dijo que volvíramos pronto (y así prometimos) que si nun taba en casa que preguntáramos por Baldomero... Pero no pudo ser así, al final de este verano, a últimos de agosto supe de la muerte de este hombre en el mismo día de su entierro, Baldomero Pardo se llamaba. Mucho nos quedó por aprender de aquel paisano y ya no va a poder ser, todo lo que él sabía se esfumó con él, y aunque esto no sea África: “Cuando muere un anciano desaparece una biblioteca”.



IV Encuentro Literario en Noceda

Manuel Cuenya



Tonia Passola, Ana María Romero, Gustavo Vega, Cuenya, Cubelos, Antonio Esteban

Un año más, y ya vamos por el cuarto, se celebró en Noceda del Bierzo un encuentro literario. Y esto es motivo de alegría, sobre todo para aquellos y aquellas que aún creemos en la palabra, en la palabra hecha carne y alma, en la palabra sagrada y balsámica, en los versos, en la música, en los sonidos acariciadores, que siguen arrullándonos a su paso por el verde y frondoso valle del Noceda, el útero de Gistredo, ese microcosmos que me vio nacer (y aun crecer) y en el que he encontrado la temperatura

afectiva adecuada. Un espacio que amo y siento con todo mi espíritu, porque aparte de ser mi lugar de nacimiento (lo que inevitablemente marca, y mucho) es mi remanso de paz, mi jardín donde cultivo los afectos, el sitio que me inspira y me ayuda a seguir caminando por el mundo “alante”, la tierra donde por fortuna viven y siguen viviendo mis padres (un auténtico tesoro) y una de mis hermanas, amén de amigos, amigas y paisanos y paisanas.

Un año más (qué bueno y qué saludable eso de seguir cumpliendo años y

sueños) nos hemos dado cita poetas y narradores en Noceda, en las antiguas escuelas del barrio de Vega (donde la maestra Engracia/Desgracia, qué terrible, estropeará a más de una generación de rapazas). Pero esta es harina de otro costal, y no voy a entrar en ella. Daría para un relato largo o simplemente una novela.

Me alegra haber compartido con ellos y ellas, con el público asistente, entregado y amable, una hermosa tarde de sábado agosteño, y luego una velada entrañable, bajo las parras de la lírica. En el encuentro también recordamos (esto forma parte de la vida, por desgracia) el terrible accidente que ocurriera en

Santiago de Compostela hace algo más de un mes. Confieso que se me puso un nudo en la garganta (y se me 'estro-pajó' la lengua) mientras di lectura al poema-recuerdo-de Santiago.

Agradezco, como no podía ser de otro modo, que nuestros literatos y literatas de honor aceptaran con gusto la invitación y espero que se hayan sen-

tido como en su casa leyendo y recitando sus poemas. Gracias Ana María Romero (por tus sentidos poemas de tu primera y actual épocas), Tònia Passola (por tu poética universal recitada en catalán), Antonio Cubelos (por tus poemas de la memoria, impregnados de morriña), Antonio Esteban (por tu poesía recitada con fuerza y sentimiento), Gustavo Vega (por tu saber hacer, tus recuerdos entrañables de Villaverde



de los Cestos y tus haikus en diferentes idiomas, ah, y tu soneto paseado y susurrado), y Jose Caurel (que nos obsequiaste, con tu arte, tu voz, tu guitarra y tu gracia) bellas piezas musicales. El próximo año, Dios mediante (que diría el cura, joder, me está entrando la vena creyente, qué cosas), más. A por el Quinto Encuentro. ◆

Homenaje a la cocina de carbón

Toño Morala

Al abuelo le gustaba levantarse por la mañana y sacar del horno las zapatillas calientes. La noche, siempre fría en invierno, no dejaba nada al azar; al revés... siempre había que pensar como engañarla en todos los sentidos.

Los rituales nunca se cambian. La madre encendía la cocina después de limpiarla. El hervidor con la leche estaba al lado del tanque de agua caliente... la ventana de la cocina se cerraba después de que empezaba a rugir el papel y la madera; al echarle carbón, la cosa se serenaba y pequeñas explosiones acompañaban al desayuno.

A la escuela abrigados de miradas lascias... a que nos enseñaran la piel de toro, a escribir poco, y a leer menos... miedo les daba que fuéramos listos; eso sí... el cara al sol y a formar que no faltase.

Ya de vuelta, cuando entrábamos en la casa, el olor era vida entre tanta miseria. La madre era capaz de hacer un guisote con cuatro cosas y una espléndida sonrisa. —¡Guapa... más que



guapa!, le resoplaba el padre casi al oído... —¡Quita... que están los niños...! y a comer. Manjar de dioses si es que existen. La olla roja de San Ignacio llena de patatas con laurel y algo de costilla, había estado al costado del número siete durante toda la mañana... según la necesidad del guisote... la madre la acercaba o la alejaba del calor. El abuelo siempre comía en silencio... y nosotros, los niños, no hablábamos en la mesa. La tarde moría con la sintonía de Elena Francis en la radio.

Es sábado y toca baño... el balde de zinc grande... éramos tan delgados que casi cabíamos los tres a la vez. Otro ritual que duraba minutos... que habilidad la de la madre para bañarnos,

ponernos encima de la trébede... secarnos... vestirnos, darnos la cena... y a dormir entre sueños de galletas.

El badil de hierro tenía brillo de tanto usarlo. La tapa del tanque de agua era de bronce y la barra y el pomo del horno brillaban como espejos... la chapa de la número siete se llevaba unos refregones de arena blanca y estropajo... que ya quisieran los hierros pudientes.

Morían los días y las noches entre sonrisas y lágrimas de silencio.

—¡Padre... no trabaje tanto, que la luna se cela de sus nobles brazos... y la dulce niebla le quiere perder!

¡Madre... no llore... que la número siete se apaga sin su respirar, y nos morimos sin cielo...!



—¡No lloro hijos... solo que la tristeza inunda las casas buenas... las nuestras... las que nada debemos a la vida... y somos sus esclavos!

◆

Retorno al encanto

Laura Rodríguez García
Periodista



Sentados en un banco tomando el fresco, paseando por los caminos que han recorrido en multitud de ocasiones para dirigirse al duro trabajo cuando el sol todavía no se había despertado o echando la partida con los com-

pañeros de toda la vida, de cualquier forma nos podemos encontrar a nuestros mayores disfrutando del descanso que se han ganado a pulso después de años de duro trabajo. Si nos sentamos a su lado, aparte de empaparnos de la sa-

biduría que genera la experiencia de vivir, podemos escuchar frases nostálgicas de cuando el pueblo era un hervidero de gente a tiempo completo y no sólo con la llegada del buen tiempo o cuando las vacaciones hacen acto de presencia.

El llamado éxodo rural forma parte de nuestra historia. Comenzó a mediados del siglo XX cuando el atractivo de las ciudades emergía de forma proporcional a la posibilidad de mejorar el nivel de vida gracias a un trabajo en la urbe. El pueblo cada vez iba perdiendo más habitantes y sólo permanecían en él aquellos que se negaban a abandonarlo, porque ya contaban con trabajo en su lugar de nacimiento, por puro empecinamiento o incluso porque algunos sufrían algo de agorafobia*. Cada cual contaba con sus razones.

Y así ha continuado la historia durante muchos años. Años de sobrecarga urbana en contraposición al abandono de nuestros pueblos. Pero la tendencia está cambiando y no sólo con las ofertas de turismo rural o los viajes de rutas por “pueblos con encanto” (que digo yo que quién será la mente privilegiada que juzga el encanto de los pueblos españoles pues, en mi opinión, es una cualidad inherente al término “pueblo”). Y digo esto porque lo he conocido a pie de campo (y nunca mejor dicho), de la boca de las generaciones más jóvenes del pueblo.

La revelación fue el verano pasado, durante una charla post-piscina en el bar de las instalaciones deportivas (el Polideportivo). El tema se coló de improviso, y las que son autóctonas de Noceda recordaban, con ese punto nostálgico del que también gozan nuestros mayores, sus años de colegialas y colegiales. Cuando iban todos juntos a la escuela y aparcaban (o amontonaban, más bien) sus bicicletas a la puerta para luego salir disparados a jugar en cualquier sitio. Si la conversación hubiera quedado ahí, se podrían haber escrito unas cuantas líneas al respecto pero lo más interesante llegó con la declaración sincera por parte de una ellas que la otra corroboró acto seguido: “Me gustaría que mis hijos pudieran disfrutar de todo aquello, aquí, en Noceda”. Estas palabras hubieran reventado cualquier índice de sinceridad.

Por eso digo que algo está cambiando. Puede que se queden en buenas intenciones pero la vuelta al entorno rural está presente en la mentalidad de los más jóvenes. Sin embargo, todavía falta para que vivir en el pueblo pase de ser algo deseable a convertirse en una realidad pero ya están puestas las primeras semillas. Una intención de muchos que es posible haciendo de los pueblos un lugar de oportunidades sin perder el encanto.



*Miedo ante los espacios despejados como plazas, avenidas, etc.

Entrevista a Asunción Arias

Manuel Cuenya

Asunción Arias, conocida en Noceda del Bierzo con el diminutivo cariñoso de Susy y vecina del barrio de Vega, decidió con veintidós años emprender rumbo a Suiza, en tiempos una tierra de oportunidades, en el año de 1984, dejando sus labores en casa de los entonces maestros del pueblo, María Ángeles y Antonio (desafortunadamente ya fallecido). El impulso para emigrar a Suiza se lo dio, según ella, su vecina Laureana (“descanse en paz”), que se lo pintó todo de color rosa... Pero quienes ejercieron de sus mentores fueron José Cabezas y Benita (la hija de Virginia), a quienes agradece que le ayudaran con todo para poder trabajar en el país helvético. En la actualidad, vive con su familia, su marido suizo, Jörg, y sus hijos en una en Pfäffikon, uno de los doce distritos que conforman el cantón de Zúrich. En sus sueños, a Susy, que tiene una habilidad especial para el dibujo y la pintura, le gustaría volver a Noceda para quedarse a vivir en su pueblo natal, pero de momento es consciente de



Asunción disfrazada de Dalí

que su vida está en Suiza, país que suele recorrer y conocer sobre todo cuando recibe las visitas de sus amistades, como cuando su amiga y paisana Dory la fue a ver.

¿Te costó adaptarte a este país?

Sí, me costó adaptarme un poco, sobre todo al principio: con el idioma, los horarios de comida: de las 7 h. a las 8 h. el desayuno, de las 11 h. a las 12 h. las comidas, y la cena, de 17 h. a 18 h. Dependiendo del personal a veces me tocaba trabajar hasta 10 días o más seguidos. Las novatadas de las compañeras, por ejemplo. Una me enseñó el primer día que era muy impor-

tante decirle al jefe bien alto y claro: “Buenos días”, o sea, “*Ich liebe dich*”, que traducido al castellano significa “te amo mucho”. Nada más entrar en el comedor, le dije esto al jefe, el cual se abalanzó sobre mí, y yo, sin pensarlo, le di un tortazo. Al verme en este trance, todo el mundo comenzó a reírse, y yo no entendía lo que estaba pasando.

¿Te sientes y te has sentido bien tratada en Suiza por el hecho de ser extranjera?

La gente es amable y bastante comprensiva, si se compara con la de otros países.

¿Sientes o has sentido morriña de tu pueblo?

La primera vez que sentí morriña fue cuando me fui a trabajar a Santander. Y en Suiza siento mucho cuando me dicen que alguien falleció en el pueblo, porque con la distancia una siente impotencia de no poder acompañar a la familia del muerto o la muerta, de asistir a su entierro.

¿Qué echas de menos viviendo fuera de Noceda?

Echo mucho de menos a mis familias, a mis amistades, pero sobre todo echo en falta a mis padres, que ya no están, todos los recuerdos vividos con ellos. Cuando veo los padres de mis vecinas, me emociono. El día anterior

a Todos Los Santos fui al cementerio de Zurich, donde está enterrada una vecina y le puse velas y pensé en mis padres. Es como si estuvieran enterrados aquí. Me asaltan los recuerdos de mis padres cuando viajo en tren a las 6h30 de la mañana en pleno invierno y veo vacas tumbadas en los prados, y me pregunto qué diría mi padre si viera estas vacas tumbadas... porque cuando llevaba las vacas al pasto, siendo aun una niña, mi padre me decía que no dejara tumbarse las vacas en el verde, porque podrían enfermarse de cólicos, o en temporada de la siega de la hierba, aquel olor a hierba seca me



devuelve a la infancia. Recuerdo que acompañaba a mi madre para llevarle la merienda y el ponche a mi padre cuando se iba temprano a temprano a segar con la guadaña. Delante de mi casa hay un parque con castaños chicos, y las hojas caídas de estos castaños, al ser barridas, me hace recordar a mi madre en la llama de La Traviesa, en Llamillas, un montón de recuerdos nostálgicos. Y también me acuerdo de los botillos, los chichos, el lomo adobado, los magostos, la Navidad con los polvorones, la Semana Santa, cuando sacaba la virgen desde el Santo Cristo al barrio de San Pedro, el 15 de agosto, día de mi santo...

¿Qué destacarías de Suiza, qué es lo que más te gusta de este país?

La puntualidad, la atención médica, la democracia, la atención general, el reciclaje de periódicos, de cartones, vidrios, metales, etc., los mercadillos,



Paisaje suizo

las fiestas privadas en las que cada invitado lleva su especialidad y de ese modo se pueden degustar ricos manjares, las películas que exhibe la Comisión Española, las fiestas del Día del Emigrante, el Día de los padres o el Carnaval como punto de encuentro.

¿Qué es lo que menos te gusta de Suiza, si es que hay algo que no te agrada?

El invierno tan largo, el frío intenso, que se te mete en los huesos. A menudo se congela el lago del pueblo en que vivo, los precios altos. Cuando eres emigrante, no eres ni de un lado ni de otro.

¿Cómo dirías que es la población suiza?

Después de la Segunda Guerra Mundial se duplicó la población, que actualmente anda por los ocho millones de habitantes. Hay una mezcla de diferentes culturas, que conviven en

armonía y resultan instructivas. Suiza es un país seguro. Se dice que la población suiza es radical, puntual, que está estresada. Sin embargo, la gente resulta educada y te saluda aunque no te conozca. Diría que la población suiza es distante pero respetuosa. ◆

Ángel Alonso: el rostro de la sabiduría

Nicanor García Ordiz



Ángel Alonso es un prestigioso científico bembibreense que trabaja en Alemania desde hace años, en concreto en la Universidad de Heidelberg.

Confieso que ha habido ocasiones en que yo, haciendo un ejercicio de imaginación, me he esforzado en poner rostro a la sabiduría. Y ocurría que estando en ese trance, irremediadamente, me asaltaban los clichés preestablecidos que siempre ilustran semejante cuestión. Y así, eran los rostros de Platón, de Descartes, de Cervantes, de Galileo, de Newton, de Leonardo, de Mozart, de Kant, de Cajal, de Darwin, de Ochoa, de Einstein, de Hawking, los más socorridos para dar solución a ese ejercicio de fantasía. Y siempre era así. Hasta que conocí al científico, investigador, doctor Ángel

Alonso. Desde entonces esta operación tiene una interpretación plástica que es el resultado de atribuir el binomio rostro sabio a la imagen de Ángel Alonso, por encima de cualquier otra. Y esto desde el razonamiento de los hechos que lo sustenta. Porque Ángel acrisola como nadie en su mirada la curiosidad todavía insatisfecha de quien escudriña en las entrañas de la vida, con afán de hallar las respuestas a los problemas irresolutos, y que presiente tienen solución. Y es esa intuición, sustentada en el minucioso estudio de la ciencia, lo que le lleva, sin duda, a soñar con las respuestas pretendidas. Porque Ángel,

como todo buen investigador, es (por fuerza tiene que serlo) un soñador. No en vano los sueños son los anhelos que siempre mueven a la persona a obtener metas más altas; y eso se trasluce en sus inquietos ojos añiles, en su rostro curtido en la adversidad de lo cierto y lo incierto y al que tampoco le incomoda la frustración que origina la falta de respuestas. Respuestas que comprendió hace tiempo que, aun siendo como lo es, en ocasiones, fruto del azar, solo están a disposición de los espíritus preparados para albergarlas, asumirlas y compartirlas. Porque eso es lo que realmente hace grandes a quienes lo son, como lo es Ángel Alonso, la capacidad de renunciar a los privilegios que

otorga la sabiduría en beneficio de tus semejantes. Esa resignación voluntaria a entregar a los demás tu mayor posesión, y que en Ángel acabó convirtiéndose en su fundamento de vida: el humanismo. Ese es y ha sido el cimiento de las actuaciones de Ángel Alonso a lo largo de su productiva vida: el esfuerzo, la dedicación, el estudio, la entrega, el sacrificio por y para los demás, para el bien de los demás, en favor de los demás, porque en Ángel Alonso siempre ha prevalecido el espíritu humanista que ha propagado y propaga a través de su obra y de su gesto. Y es por lo que siempre que quiero poner rostro a la sabiduría, ahora pienso en Ángel Alonso. ◆



Vista de la ciudad de Heidelberg

Las fuentes de Noceda del Bierzo II

Javier Arias Nogaledo

(Texto y Fotos)

Continuamos nuestro recorrido por las fuentes del pueblo.

Una vez dejadas atrás las trece del barrio de Vega –diez en la práctica–, nos adentramos en los dos barrios restantes.

Nos han salido doce en total, cuatro en San Pedro y ocho en Río, de manera que no pasaremos sed por el pueblo.

La primera del barrio de San Pedro se llama igual que la zona donde se asienta, justo en frente del polideportivo, **La Llaviada**, y vaya usted a saber de dónde viene el nombre, si de llave o de lluvia... Paquita García le hacía un pequeño homenaje, en La Curuja 14 de la primera época. La relacionaba con su niñez, donde servía de lavadero



Fuente La Cagalla

y por supuesto de bebedero. Sin embargo, a día de hoy, su agua, de mala fama y su aspecto de semiabandono, dejan mucho que desear aunque haya sido remodelada.

En la plaza de San Pedro, muy cerca de la casa del cura, existió un pozo comunitario, “el pozo de Rosario”, pero actualmente, unos metros más abajo, hay una fuente pegada a la pared. Sin embargo su agua es de la traída, si tiene nombre lo desconocemos.

Uno guarda un buen recuerdo de esta plaza, ya que allí fue donde, siendo casi un niño, empezó a bailar con chicas en las fiestas del barrio.

La tercera fuente de San Pedro se

encuentra justo antes del puente de la iglesia y su nombre lo dice todo: **La Ca-galla**, así que no haremos más comentarios. Sí diremos que es prácticamente imposible beber a morro, que hay que bajar unas escaleras y todavía hay que ‘*escricarse*’ para beber. Con seguridad es la fuente de Noceda donde más difícil resulta beber un trago de agua. Volviendo a la niñez recuerdo cómo se desató de repente una tormentísima con viento y lluvia en unas fiestas de San Pedro, cuando se celebraban en un prado cercano a esta fuente, donde hoy se ubica el hotel-restaurante Las Fontaninas. Aquel año nos tuvimos que refugiar en una cuadra-pajar fren-



Fuente El Potro

te a la fuente. Imborrables recuerdos y miedos de un niño. Menos mal que no íbamos a hacer más comentarios de La Cagalla, pero definitivamente esta fuente lo tiene todo.

Unos metros más adelante, cruzando el puente, está la fuente de **La Residencia Flor y Felisa**, sencilla y discreta. Seguro que doña Felisa, una de nuestras más ilustres paisanas, no andará muy lejos de allí, “soñando tesoros por los castros de Noceda”. Un recuerdo para ella.

Dejamos San Pedro para entrar en el barrio de Río. Antes de nada quiero hacer una reseña: Ramón González Vega, vecino de este barrio, escribió en el número 8 de La Curuja de la pri-

mera época sobre las fuentes de Río y de cómo llegó el agua a todo el barrio, en un homenaje a su padre Alberto y a todos los vecinos que hicieron posible este gran trabajo.

Nada más empezar por Río, la primera calle a la izquierda lleva a la plaza donde está la fuente de **El Potro**, de diseño clásico, ya que es fuente y lavadero, con sus piedras lisas. Luce y mucho en medio de la plazoleta.

Volviendo a la calle principal caminamos y a la derecha está la fuente de **Los Combraos** o Tónicas, para entendernos.

Este último nombre puede llevar a confusión, la fuente da agua y nada más, Tónicas es el apodo del dueño de



Fuente El Cochelínea

la casa, junto a la cual está situada la fuente.

Más adelante está la fuente del **Cochelínea**, conocida así porque el auto-

bús del pueblo aparca al ladito, antiguamente hubo un pozo en ese mismo lugar.

Al llegar a la plaza de San Bartolo,



Fuente San Bartolo

alma del barrio, se encuentra la fuente del mismo nombre, ahora parece una pequeña fachada de una casa pero uno la recuerda larga, con su lavadero. Por cierto, los vecinos cedieron sus terrenos para que se pudiera construir la fuente

original. Además, existió un templete, justo encima de ella donde tocaba la orquesta en las fiestas del barrio. **La fuente de San Bartolo** es la única del pueblo y me atrevo a decir del mundo que, durante un breve tiempo, osa ma-



Fuente El Campín



Fuente El Camping



Fuente Plaza San Pedro

nar vino en vez de agua, así es cada año en el “milagro de San Bartolo”.

Saliendo por la derecha de la plaza, atravesando un puente, nos topamos con **la fuente del Campín**, que sería la madre de todas las fuentes del barrio. Fue aquí donde se canalizó el agua, para que llegara a las demás fuentes, como nos cuenta Ramón.

Y un poco más arriba llegamos al camping o área recreativa de **Chanos**, que naturalmente cuenta con su fuente. *Campín* y *camping*, dos fuentes cercanas, hermanas y casi con el mismo nombre, anglicismos aparte.

Y si volviésemos sobre nuestros pasos, pasado el puente, podríamos subir

por una calle cuyo nombre nos tiene intrigados: calle “La Amargura”, ¿por qué este nombre?, ¿sucedió una desgracia en esta calle?, ¿quién lo puso? Vale que sea una cuesta pero ¿era necesario llamarla así? Suena todo a letra de Joaquín Sabina.

Saliendo de La Amargura enlazamos con la calle que nos lleva al Mouro, antes a la izquierda, en frente de la casa de Isidro, surge una pequeña fuente con mesita y banco, como un decorado, que para uno lo es. Todas las veces, que me aproximé a beber agua, jamás salió nada, por no tener, ni nombre tiene.

La última fuente de Río, que jun-



Fuente junto a casa de Isidro

to a la del Campín sería auténtica (las demás fueron creadas) se llama **La Frecidera**, al lado de la serrería y la piscifactoría. Un poco semiescondida, pero siempre paramos a beber un trago en ella. Aquí hace muchos años tenía la consulta el médico Don Manuel, antes de trasladarse al barrio de San Pedro.

Hemos llegado al final del recorrido de las fuentes de Noceda. A partir de aquí empieza la **Ruta de las fuentes curativas**.

Me gustaría reseñar otra fuente, ésta

ya en plena sierra, la de **Rozas**. El paseo hasta este paraje, de singular belleza, se me antoja magnífico y muy llevadero. Poco a poco se coge altura y se tienen unas vistas extraordinarias de nuestro pueblo. Para llegar aquí es imprescindible llevar una buena merienda, beber su fría agua, disfrutar del entorno en su merendero y una vez terminado todo bajar de nuevo.

Habrà lugares que nos ganen y otros prefieran bares y bodegas pero tener veintiuna fuentes en el pueblo es un lujo del que bien se puede presumir. ◆



El autor del texto con unos amigos en la fuente de Rozas

Tu silencio



Xuasús González
Director de la Revista "Losada"

Cuánto habla tu silencio,
si uno quiere escucharlo.
Y sentirlo. Y vivirlo
sin miedo a lo que pueda decir.

El suave silbido del viento
se empeña en llamar nuestra atención.
Y nos lo vuelve a recordar...
¡Cómo poder olvidarlo!

Respiro hondo,
a modo de cómplice respuesta.
Quede, pues, entre nosotros,
como tantas otras veces.

Y respiro más hondo aún,
como conclusión.
Y despedida.
Que haría, Losada, sin tus consejos...

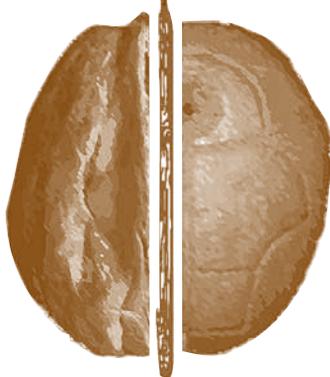


Café Bar Paco
C/ Arcos, 28
Tlf.: 987 517 158
24319 Noceda del Bierzo
(Paco)



Café Bar Las Chanas
Plaza de San Isidro, s/n
Tlf.: 628 935 827
24319 Noceda del Bierzo
(Laura y Tania)

Colectivo Cultural



LA IGUIADA

www.nocedadeld Bierzo.com



DIPUTACIÓN
DE LEÓN



INSTITUTO
LEONÉS DE
CULTURA



AYUNTAMIENTO
DE NOCEDA
DEL BIERZO



Peñalba
Impresión, s.l.

Travesía Bellavista, s/n
24400 Ponferrada

Tfnos. 987 42 68 44 - Fax 987 40 99 12